FL 03 70

Lengua y literatura griegas, emisión número 3, la guerra del Peloponeso vista por otros autores distintos de Tucídides, día de emisión 17 de abril de 1980. La emisión de hoy va destinada a completar el panorama que sobre la guerra del Peloponeso y el pensamiento político de la Atenas democrática tiene el alumno, sobre todo a través de Tucídides. Vamos a tratar, pues, de seguir estos mismos acontecimientos con ayuda de una selección de textos de otros autores.

Los acontecimientos griegos de la segunda mitad del siglo V son decisivos y encuentran un eco profundo en el teatro, la expresión más significativa del pensamiento ateniense. En Aristófanes y Eurípides, junto con Tucídides, se encuentran huellas de las diversas oposiciones ideológicas del momento. Atenas vive una situación en la que unos intentan construir un nuevo sistema de valores que supere las contradicciones del hombre, pero dudan ante ellas, mientras que otros, siguiendo particularismos individualistas, evitan toda visión que dé una comprensión global.

A la vez, la ciudad como tal conjunto se deteriora moral y políticamente en una guerra carente de sentido que niega en la práctica la ideología de la época de Pericles. Esto conducirá a Atenas al fracaso de manera irremediable. Aristófanes, a los seis años de haber estallado la guerra, en el 425, estrena Los acarmienses, la primera de sus comedias conservadas.

Lleva a cabo una crítica mordaz contra el hecho de que en esos pocos años Atenas haya sufrido dos pestes, cuatro invasiones y la destrucción de gran parte de su campiña, concentrando la ciudad miles de refugiados. Tal situación hace que el odio contra los lacedemonios vaya en aumento, a la vez que los demagogos y el partido belicista aprovechan tales circunstancias para que la guerra continúe. Guerra que, según la sátira aristofanesca, empezó por culpa del decreto que cerraba a los megarenses, los mercados atenienses y los puertos de la liga.

El decreto lo mantendría Pericles para contentar a Aspasia, su compañera ofendida, porque los de Mégara habían raptado a dos de sus cortesanas. Así, Grecia estaba de nuevo embarcada en una guerra por culpa de mujeres. Unos jovencitos, borrachos de beber en un cuateque, yendo a Mégara, raptaron a la cortesana Siveta.

Y luego los megarenses, cabreados como gallos por la injuria, a Aspasia le robaron, a su vez, dos rameras. Y de ahí estalló la guerra para todos los griegos por culpa de tres zorras. Los interesados en la guerra son los demagogos, que adulan y engañan al pueblo.

Los icofantas, plaga de Atenas. Los libertinos que escapan de las penurias de una ciudad en guerra, marchándose de embajadores a costa del erario público, mientras los demás se mueren de hambre. Ante esto, el héroe cómico, Diceópolis, decide hacer la paz por separado con los lacedemonios, a costa de bregar contra los pobres habitantes del Temo de Acarnas, los más perjudicados por la guerra, y que en venganza quieren que ésta continúe.

Cuando Diceópolis disfrute de su paz, se encargará de convencer de la necesidad de la misma a los que se la critican. Triunfo que consigue cuando vence impostores como Lámaco, el general

ansioso de pelear. Veamos cómo Diceópolis acepta la paz de un personaje semidivino, Anfiteo, que se la trae en un odre de vino.

Diceópolis hace tres libaciones. Prueba primero una paz de cinco años. No me gusta.

Sabe a pez y armadura de naves. Pues prueba ésta, que es de diez años. También sabe a embajadores que pierden el tiempo en las ciudades de los aliados.

Pero ésta es de treinta años, por tierra y por mar. Ay, Dionisias, sabe a néctar y a ambrosía, y en mi boca el sabor de ésta paz. Dice, ve a donde quieras.

Ésta paz me la quedo, me la livo y me la bebo. Que se vayan a hacer muchas los acarnienses, que yo, libre de la guerra y de sus males, me marcho al campo a festejar las Dionisias. El ataque contra los profesionales de la guerra, en la figura de Lámaco, es uno de los muchos elementos utilizados por Aristófanes en ésta comedia, puestos al servicio del tema utópico del imposible vencido.

En éste caso trae la paz, por el medio que sea, por lo menos a la escena del teatro. Ay, Lámaco, héroe de tropas y plumeros. Lámaco, pues no es ese el hombre que hace tiempo insulta a toda nuestra ciudad.

Vértigo me da el miedo al ver tus armas. Diceópolis, arrancándole las plumas del casco, se las acerca a la boca y devuelve. Al final, mientras Lámaco viene maltrecho por torcerse un pie en un foso cuando iba a la guerra, Diceópolis se divierte con su bien ganada paz.

La irreconciliable contradicción entre la política interior y exterior de Atenas es un grave motivo de reflexión para los intelectuales que ven cómo Cleón respeta muy a su pesar los principios democráticos en la Asamblea y llega a sostener que son más provechosas las leyes imperfectas pero inalterables que otras más racionales pero sometidas a cambio. Esta reacción, que acude a la violencia, es la que estuvo a punto de ahogar en sangre la sublevación de Mitilene de no haber sido por la moderación de Diódoto pero que se impuso trágicamente en el avasallamiento brutal de la neutralidad de Melos. Es contra políticos del tipo de Cleón contra los que apunta la reflexión de Sófocles o Eurípides y también de Aristófanes aunque éste involucra en ocasiones a otros menos extremistas.

El ataque que Aristófanes hace en las avispas al imperialismo ateniense consiste en que los verdaderos beneficiarios del tributo de las islas y aliados cuya opresión justifican los políticos son éstos, no el pueblo. Así, en avispas, dice Delicleón a su padre Filocleón. Mira pues cómo tú podrías ser rico y también todos pero no sé cómo te dejas embaucar por esos que eternamente están haciendo el demócrata.

Dicen que eres dueño de muchísimas ciudades desde el Ponto hasta Cerdeña y que sacas más que esa birria de salario por ir al tribunal popular. Quieren que sigas siendo pobre y te voy a decir el por qué. Para que conozcas al que te adula y que cuando él te silba para excitarte contra uno de sus enemigos tú saltes con furia sobre ellos porque si quisieran dar al pueblo

bienestar sería muy sencillo.

Así son mil las ciudades que ahora nos pagan el tributo. Si uno hubiera mandado a cada una de estas que alimentara veinte hombres, veinte mil de nuestros conciudadanos vivirían nadando en pastel de liebre, en nata y requesón con coronas de todo tipo. Pero ahora, como recogedores de aceitunas, vais detrás del que tiene el salario.

La justificación de la doctrina del más fuerte conduce a todo tipo de ambiciones y abusos y, en definitiva, a la catástrofe como se desprende de estas palabras de Yocasta a su hijo Polinices en las Fenicias de Eurípides. ¿Por qué te aferras, hijo, a la más funesta de las divinidades, la ambición? No lo hagas tú. Es la diosa más injusta.

A muchas casas y ciudades dichosas entró y salió al precio de la ruina de quienes de ellas se sirvieron. Por su culpa estás fuera de ti. Es mejor esto, hijo, honrar a la equidad, que siempre vincula amigos con amigos, ciudades con ciudades y aliados con aliados.

Porque la igualdad hace nacer entre los hombres la estabilidad y siempre es el origen enemiga del exceso, mientras que la desigualdad hace empezar los días del odio. Eurípides condena la guerra civil considerándola una enfermedad provocada por la tiranía. Así, en Heráclés, el Corifeo, reprocha a Lico, tirano usurpador del trono de Tebas.

Igualmente considera Sófocles enferma a la ciudad por culpa del dictado del tirano Creonte en la Antígona, cuando éste prohíbe enterrar el cadáver de Polinices, obligando así a Antígona a transgredir una ley injusta, lo que le acarreará la muerte. Los tiranos de las tragedias, como los antihéroes de la comedia de Aristófanes, simbolizan doblemente a los antiguos tiranos y a los estadistas que abusan de su posición en un pretendido beneficio de sus conciudadanos. Por el contrario, se aconseja la mesura en el gobierno de las ciudades.

Sólo los que saben contenerse a tiempo deben ser elegidos por la ciudad para su gobierno. Tal es lo que viene a aconsejar Eurípides en Las suplicantes, cuando el mensajero ateniense refiere a Adrasto, rey de Argos, las hazañas y la prudencia de Teseo en su rápida campaña contra Tebas. Teseo se contuvo porque decía que no había venido a arrasar una ciudad, sino a reclamar a sus muertos.

Debe elegirse a un estratega semejante que en los peligros sea valiente y que deteste una tropa desmedida. Que confiándose felizmente al subir a los últimos peldaños de una escala buscando la dicha, destruya aquella que le era posible disfrutar. A propósito de las formas de gobierno, Eurípides se pronuncia por la democracia.

Por ejemplo, también en Las suplicantes, dos tesis enfrentadas, una del mensajero tebano y otra de Teseo, muestran claramente el pensamiento de Eurípides en un momento en que en Atenas, Nicias, jefe del partido moderado y enemigo político de Cleón, ha firmado la paz de su nombre con Esparta. Es justamente durante esta tregua cuando Eurípides presentó Las suplicantes, año 421 al 420 a. C. Tras la paz de Nicias, las hostilidades entre Esparta y Atenas

vuelven a reanudarse. Hacen su aparición en la política ateniense, tipos como Alcibiades, y el partido radical vuelve a insistir en la línea belicista, olvidándose la advertencia hecha por Pericles mucho tiempo atrás de que Atenas debería arriesgar en esa guerra todo menos su flota, pues en el momento en que perdiera su hegemonía en el mar, el imperio dejaría de existir y Esparta pasaría a tomar la iniciativa, pues Atenas, perdidas las islas, no podría hacer frente a la superioridad de los racedemonios por tierra.

En efecto, Atenas embarcó en la campaña de Sicilia y perdió su armada. El desastre del año 413 no tuvo precedentes. Tucídides describió así la situación.

Cuando la noticia llegó a los atenienses, se resistieron mucho tiempo a creer, incluso a soldados bien conocidos y que habían escapado a la derrota, que la catástrofe hubiera sido tan completa. Y cuando al fin se rindieron a la evidencia, se llenaron de indignación contra los oradores que habían apoyado la idea de la expedición como si no la hubieran votado ellos mismos. Todo, a cualquier parte que mirara, les producía dolor y después de lo ocurrido les dominaban el miedo y una consternación mayor que nunca.

De una parte, sufrían por haber perdido, cada uno en particular y la ciudad en su conjunto, muchos hoplitas y jinetes y una juventud como sabían que no tenían otra. Y al tiempo, como no veían en los astilleros naves suficientes, ni dinero en el tesoro, ni tripulantes para las naves, desesperaban de salvarse esta vez y creían que sus enemigos, después de un triunfo tan grande, marcharían inmediatamente contra ellos lanzándose contra el Pireo. Y además, que sus enemigos de Grecia, bien preparados ahora en todos los aspectos, les atacarían sin demora con todas sus fuerzas, por tierra y por mar, y con ellos, sus propios aliados, que harían defección.

En este ambiente Aristófanes compuso su Lysistrata, comedia en la que la protagonista propone a todas las mujeres de Grecia encerrarse en la Acrópolis y conjurarse a no tener relación sexual con sus maridos hasta que éstos no dejen de matarse. Si se congregasen las mujeres aquí, las de Beocia, las del Peloponeso y nosotras, en común salvaríamos a Grecia. Porque estoy segura de que precisamente esto va a salvarnos.

Las túnicas azafranadas, los perfumes, los zapatos de lujo y los camisones transparentes. De forma que así, ninguno de los hombres blandirá la lanza contra el otro. Mujeres, si queremos obligar a los maridos a hacer la paz, debemos abstenernos de hacer el amor.

Repetid después de mí lo que yo diga y vosotras juraréis esto y no lo violaréis. No hay nadie en el mundo, ni amante, ni marido, que a mí se acerque a hacer el amor. Viviré en casa sin hombre, con túnica bordada y muy arreglada para consumir en la pasión a mi marido.

Y nunca cederé de grado a mi marido. Y si a pesar mío me obliga por la fuerza, me prestaré enojada y no me arrimaré. Si cumplo este juramento, que pueda beber de esta copa.

Si lo incumplo, que la copa se llene de agua. La conjura surte efecto y el poeta logra que, al

menos a la sombra y en la ficción del teatro, los griegos confraternicen y dejando las armas, vuelvan a tomar a sus mujeres en medio de la paz que todos deseaban. Llevaos vuestras mujeres lace demonios y vosotros atenienses, que esté el marido con la mujer y la mujer con su marido.

Y luego, tras bailar por este acontecimiento tan dichoso, honremos a los dioses y que nunca más volvamos a caer en el error.